

## Vicente Aleixandre

### Biografía

De ascendencia levantina, nació Vicente Aleixandre en Sevilla, el 26 de abril de 1898, el mismo año en que nacen otros dos grandes poetas de su generación: Federico García Lorca y Dámaso Alonso. En la casa donde nació el futuro poeta, hoy Fundación Yanduri, situada en la Puerta de Jerez, se hallaba entonces instalada la Intendencia Militar, y en ella vivían sus abuelos maternos. El padre, don Cirilo Aleixandre, tenía un destino de ingeniero en la Compañía de Ferrocarriles Andaluces, y el abuelo, don Antonio Merlo, era el intendente jefe de la región. Los primeros recuerdos infantiles de Aleixandre no son, sin embargo, sevillanos, sino malagueños, pues no había cumplido aún dos años cuando fue designado su padre para ocupar un puesto en Málaga, adonde la familia Aleixandre se trasladó en el primer año de nuestro siglo. Durante su estancia en Málaga, los Aleixandre veraneaban cada año en una casa cercana al mar, en Pedregalejo —pueblo pescador y de veraneo—, a pocos kilómetros de la ciudad. Fue, pues, el mar de Málaga —mar del paraíso, como le llamaría más tarde el poeta— el primero que pudo contemplar, de niño, Vicente Aleixandre, y el único en que hundió sus pies y sus manos infantiles.

Durante nueve años, de los dos a los once de su edad, gozaría de ese reino elemental y maravilloso que es el mar, cuyo azul claro se iba a reflejar en la pupila del niño que era entonces Aleixandre.

Otro recuerdo de aquella Málaga de principios de siglo es el colegio donde Vicente Aleixandre aprendió las primeras letras y fue compañero de estudios y juegos de otro poeta de su generación, el malagueño Emilio Prados. En Málaga descubrió también el cine (frente a su casa, en la alameda de Carlos Haes, hoy calle Córdoba, existía un modesto cinematógrafo, el Pascualini, donde daban películas de Max Linder) y los libros de cuentos.

En el año 1911, su familia —sus padres y su única hermana, Conchita— se trasladó a Madrid, al ser destinado el padre a la capital del reino, como ingeniero de ferrocarriles. Tenía entonces Aleixandre once años, y sus estudios continuaron en un colegio teresiano que existía en la calle Ventura de la Vega, casi esquina a la carrera de San Jerónimo. La familia se instaló en un piso del número 9 —hoy 19— de la calle Ayala, se trasladarían años después a otro del entonces número 98 de la calle de Serrano. Cada mañana iba Vicente en su bicicleta al colegio por Serrano, Alcalá, Cedaceros y carrera de San Jerónimo, sin que el tráfico, entonces casi inexistente, le perturbara en lo más mínimo. El joven Aleixandre prefería la literatura y leía todo lo que encontraba en la biblioteca de su abuelo, ya no libros de cuentos, sino obras clásicas y románticas, la *Ilíada* y los dramas de Schiller, las novelas folletinescas de Fernández y González y las policíacas de Conan Doyle. Y, sobre todo, Galdós, que ha sido desde entonces una de sus lecturas preferidas. ¿Y la poesía? Con la poesía no quería nada el joven estudiante, porque los ejemplos poéticos que había tenido que aprenderse en la asignatura de Preceptiva Literaria, en el bachillerato, ejemplos artificiosos y fatigosos, le habían hecho aborrecerla. Pronto se hizo asiduo de la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, donde leía incansablemente novela y teatro, desde el Siglo de Oro a la Generación del 98. Terminado el bachillerato, comenzó a estudiar las carreras de Derecho e Intendente Mercantil, alternando sus estudios con la lectura. Ahora le interesaban especialmente los grandes novelistas del siglo XIX: además de Galdós, Valera, Alarcón, la Pardo Bazán. Y tras ellos vino la oleada enriquecedora de los grandes

nombres del 98: Azorín y Baroja, Unamuno y Valle-Inclán. Tales lecturas, confesará Aleixandre más tarde, «fueron las que prepararon el terreno para el fulminante efecto que la caída en mis manos del primer gran poeta habría de producirme». ¿Cuál fue ese gran poeta? No Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez, como cabría esperar, sino... Rubén Darío. El mismo Aleixandre ha contado más de una vez cómo se produjo en él el hallazgo de la poesía en las páginas de una antología de Rubén. Fue en el verano de 1917, en un pueblo de veraneo de la sierra de Ávila: Las Navas del Marqués. Allí conoció a otro joven de su edad, Dámaso Alonso, que a veces le hablaba de poesía, y que una tarde puso en sus manos la antología rubeniana: ««Aquella verdaderamente original lectura [recuerda Aleixandre] fue una revolución en mi espíritu. Descubrí a la poesía: me fue revelada, y en mí se instauró la 'gran pasión de mi vida que nunca más habría de ser desarraigada...» A la vuelta de ese verano, llegó para el deslumbrado lector un goce aún mayor: el descubrimiento de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez.

Otro intenso descubrimiento lírico fue el de Bécquer, el poeta de las Rimas: «Bécquer fue un poeta que amé en seguida [nos confiesa], y ese gusto no ha sufrido nunca eclipse. El fue el revelador para mí del mundo romántico.»

Pero si el joven Aleixandre había descubierto ya la poesía, aún no se atrevía a escribir versos, arte que le parecía no sólo difícil, sino casi sagrado. Había de pasar casi medio año antes de que empezara a escribirlos, aunque furtivamente, y sin atreverse a mostrárselos a nadie, ni siquiera a sus amigos más íntimos. Y nada más lejano a esa naciente y secreta pasión que el trabajo cotidiano que su padre había conseguido para él: un puesto de empleado en una compañía de ferrocarriles y otro de profesor auxiliar en la Escuela de Comercio.

Pero una grave enfermedad iba a cambiar el curso de su existencia. Quien iba para economista y profesor, quién sabe si para directivo de empresa, se vio convertido impensadamente en un poeta. Fue el año 1925, y la enfermedad —una tuberculosis renal que obligó, siete años más tarde, a la extirpación de un riñón— hubo de apartarle de toda actividad profesional y social. A los veintiséis años, Aleixandre se vio obligado a hacer reposo algunas horas al día, pero esta forzosa inactividad, que limitaba su impulso vital, iba a favorecer su destino de poeta, al permitirle consagrar muchas horas a la poesía y a la lectura, convirtiendo la necesidad y el placer de escribir en una costumbre cotidiana. En agosto de 1926 aparecen sus primeros poemas en la *Revista de Occidente*, y dos años después publica su primer libro, *Ámbito*, en la colección Litoral que dirigen en Málaga dos jóvenes poetas, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. A la amistad con Dámaso Alonso se añade pronto la que va a unirle a otros poetas de su generación: Rafael Alberti, Luis Cernuda y Federico García Lorca, a quien conoce durante el estreno de *Mariana Pineda*, en el teatro Fontalba, el 12 de octubre de 1927. Por entonces, Aleixandre se siente ya plenamente integrado en el grupo de los nuevos poetas que había de formar esa gran generación. En 1928 había comenzado a escribir su segundo libro, *Pasión de la tierra*, que terminaría al año siguiente, y que iba a significar un cambio radical en su poesía. Ese mismo año de 1929, durante un viaje a Málaga, estrecha su amistad con Prados y Altolaguirre, los jóvenes editores de *Ámbito*. En 1931, Aleixandre recae en su enfermedad del riñón, y al año siguiente, en el sanatorio del Rosario, de la calle Príncipe de Vergara -el sanatorio del Retraído, donde vivió largos meses Juan Ramón Jiménez-, le es extraído, por el doctor Cifuentes, el riñón enfermo. Durante su convalecencia, que será larga, aparece, en 1932, editado por Espasa-Calpe, su segundo libro, *Espadas como labios*. Y en 1933, un jurado formado por Manuel Machado, Dámaso Alonso y Gerardo Diego le otorga el Premio Nacional de Literatura por su libro

inédito *La destrucción o el amor*, que dos años después vería la luz en la editorial madrileña Signo. Es el momento de su consagración como uno de los poetas más originales de su generación, y también el de su gran amistad con otros dos poetas: el chileno Pablo Neruda, y otro más joven y menos conocido entonces: Miguel Hernández.

La Guerra Civil del 36 sorprende a Aleixandre en Madrid. El poeta se adhiere a la causa de la República, y publica poemas de guerra —unos romances— en la revista *El Mono Azul*, que fueron incorporados después al *Romancero general de la guerra civil*. Escribe también, cuando se entera del fusilamiento de Federico García Lorca, su gran amigo, una conmovedora semblanza del poeta granadino, que aparecería en la revista *Hora de España*. Su casa de la calle Wellingtonia, en el Parque Metropolitano, queda en el frente de guerra, y se hace inhabitable. La familia del poeta se traslada a la casa de su tío Agustín, en la calle Españoleta. Allí recae en su enfermedad del riñón, y le visitan sus amigos: Alberti y María Teresa León, Miguel Hernández, Antonio Aparicio, Rafael Morales y Pablo Neruda, quien, como cónsul de Chile, le propone llevarle en un avión a París para instalarse allí en un sanatorio donde podría cuidarse sin las amenazas de la guerra. Pero Aleixandre no dudó en su respuesta: no deseaba marcharse de España, prefería correr la suerte de sus amigos y compañeros de generación. Pensaba que el destierro sería la muerte para él.

Terminada la guerra, vuelve Aleixandre a escribir, y en el verano de 1939, en su casa de Miraflores de la Sierra, comienza un nuevo libro, *Sombra del paraíso*, que al publicarse, años después, atrae a muchos de los jóvenes poetas que entonces empiezan a darse a conocer en las revistas de poesía. Desde ese momento, la casa del poeta en Wellingtonia, 3, en el Parque Metropolitano, va a ser lugar de peregrinación de la nueva juventud poética que surge tras la guerra civil. Aleixandre se convierte en el maestro de las nuevas generaciones, y su papel de estimulador y maestro va a asemejarse en esos primeros años de la posguerra al que desempeñó Juan Ramón Jiménez con los poetas de la generación del 27 veinte años antes. Crecida su fama, en 1949 es elegido Aleixandre miembro de número de la Real Academia Española, el 22 de enero de 1950 lee su discurso de ingreso, que versa sobre el tema *Vida del poeta: el amor y la poesía*. Se ha hecho famosa la frase con que Dámaso Alonso, su entrañable amigo de tantos años, inició su discurso de contestación: «Ni se han conmovido los cimientos ni se han agrietado los muros de este edificio.» La Academia, tan tradicional, acogía en su seno a un poeta tachado de vanguardista, de revolucionario, de oscuro y difícil. Desde entonces, sus libros se suceden y algunos de ellos, al reeditarse en colección de bolsillo por una editorial argentina, hicieron crecer la fama del poeta en América. El mismo año de 1950 viaja a Inglaterra y da conferencias en las universidades de Londres y Oxford. Publica su libro *Mundo a solas*, y se edita el importante estudio de Carlos Bousoño *La poesía de Vicente Aleixandre*. Nuevos libros suyos van viendo la luz. En 1952 aparece *Poemas paradisiacos*, selección hecha por el poeta mismo de *Sombra del Paraíso*; en 1953, *Nacimiento último*; en 1954, *Historia del corazón*, su libro más importante en su segunda época, y en 1958 aparece *Los encuentros*, su único libro en prosa, conjunto de semblanzas de escritores de ayer y hoy. En la década de los 50 recibe numerosas invitaciones para dar conferencias, y es recibido con entusiasmo en Barcelona, en las islas Canarias, en Marruecos.

El año 1968, en que Aleixandre cumplió los setenta años, aparecían editadas por Aguilar sus *Obras completas*, con un extenso estudio preliminar de Carlos Bousoño. Y el mismo año un grupo numeroso de poetas, de distintas generaciones, le ofreció una Antología-Homenaje, con poemas escritos sobre él o sobre su obra a lo largo de casi

medio siglo.

Mil novecientos sesenta y ocho es también el año en que publica Aleixandre su libro *Poemas de la consumación*.

Desde la cuasi ceguera física en que está sumido, sigue el poeta contemplando el mundo y meditando sobre él, y aunque no pueda escribir poemas sigue soñándolos. Esos poemas soñados, las lentas meditaciones en la penumbra de su cuarto y la visita de los amigos fieles, viejos y jóvenes, son su compañía de hoy, que logra consolarle de los dolores y sombras que le cercan.

Cuando en 1977 se concedió a Vicente Aleixandre el Premio Nobel de Literatura, la Academia Sueca declaró que lo había hecho «por su gran obra creadora, enraizada en la tradición de la lírica española y en las modernas corrientes poéticas iluminadoras de la condición del hombre en el cosmos, y de las necesidades de la hora presente».

Vicente Aleixandre no fue nunca un poeta precoz. El mismo ha confesado que antes de los dieciocho años no había leído ningún libro de poesía ni escrito ningún verso. Pero en 1917, en un pueblo de veraneo de la provincia de Ávila, Las Navas del Marqués, conoció a Dámaso Alonso, que pronto se convirtió en su mejor amigo, y fue quien le prestó el libro que iba a decidir su vocación poética. Ese libro, curiosamente, no era de ningún autor español, sino de un poeta de América: Rubén Darío. A partir de ese momento, Aleixandre se iba a consagrar con fervor a la poesía, aunque aún tardó mucho en publicar. Sus primeros poemas aparecieron en la «Revista de Occidente», que dirigía Ortega, el año 1926, hace ya más de medio siglo. Y dos años después, en 1928, se publicó en Málaga, en la colección de la revista *Litoral*, que dirigían Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, su primer libro, *Ámbito*. El mismo año en que aparecen también otros dos libros de la generación: el *Cántico*, de Jorge Guillén, y el *Romancero gitano*, de García Lorca.

*Ámbito*, libro menor dentro de la obra del poeta, representa su contribución inicial a la corriente, entonces en boga, de la poesía pura, que Juan Ramón Jiménez había promovido desde años antes. En realidad, esa primera aparición poética de Aleixandre no tenía nada de revolucionaria. *Ámbito* era un libro que se situaba en una línea en cierto modo tradicional, en cuanto a que se sometía a un orden estrófico regular y a una rima asonante, como el primer *Cántico*, de Guillén. Pero tras esa primera salida a la escena poética, que mostraba una contención armónica en la forma, va a producirse en la poesía de Aleixandre un cambio radical. Al orden estrófico y a la contención geométrica de *Ámbito* va a suceder la libertad revolucionaria y la expresión irracionalista de su segundo libro, *Pasión de la tierra*, libro de poemas en prosa escrito en 1928 y 1929, aunque no publicado, en su primera edición, hasta 1935, y en Méjico. ¿Qué significa la irrupción de *Pasión de la tierra* en la obra de Aleixandre? En primer lugar, una ruptura violenta con el libro anterior, *Ámbito*, no sólo en la forma -del rigor estrófico se pasaba a la más libre y desembarazada de las formas poéticas: el poema en prosa-, sino también en la expresión, muy cercana al surrealismo. «Poesía en estado naciente» ha definido su autor la de este segundo libro suyo. Y tras la definición, una confesión reveladora: lo mucho que debe *Pasión de la tierra* a la obra de Sigmund Freud, el gran psicoanalista de Viena, cuyos libros, en su temprana traducción española, había leído Aleixandre en 1929. A esa lectura hay que añadir la de los grandes maestros del irracionalismo literario europeo, desde Rimbaud a Joyce, pasando por Lautreamont y los dadaístas y surrealistas franceses.

Ahora bien, Aleixandre ha declarado más de una vez que él no se considera un surrealista, porque no cree en el principio fundamental del surrealismo: la escritura automática y sin control de la conciencia creadora. Y aunque *Pasión de la tierra* nos recuerde el irracionalismo del surrealismo francés, sabemos, por confidencia del propio

Aleixandre, que cuando empezó a escribir los primeros poemas del libro no había leído aún a los surrealistas franceses: Breton, Eluard, Crevel, a los que leería poco después, en 1929. En todo caso, lo que es evidente es que en *Pasión de la tierra* aparece ya, aunque en estado latente, en ebullición, un impulso que va a dominar en toda la primera época de la poesía aleixandrina. Me refiero a la defensa de lo elemental, de lo desnudo y auténtico, contra lo falso, lo artificial, los muros que impiden la libertad y la desnudez; contra las limitaciones que nos imponen la sociedad y la civilización. *Pasión de la tierra* viene a expresar una materia en desorden, un caos de fuerzas elementales, oscuras, en las que el hombre quiere abrirse a una claridad, a una luz, a una unidad armoniosa. Por ello podríamos decir que en este libro comienza el lento esfuerzo, el largo camino hacia la luz —la luz radiante del paraíso— que es toda la primera época de la poesía de Aleixandre.

Como es sabido, esa primera época abarca dos libros importantes del poeta: *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*. En ellos se nos revela la creación de un poderoso mundo poético,

visionario, en el que las fuerzas elementales de la naturaleza: fuerzas cósmicas, telúricas, misteriosas en su elementalidad radical -el mar, la tierra, el sol, el viento, la selva, el fuego...- se sienten como arrebatadas por un fuerte impulso erótico de fusión de unas con otras que tienden así a lo que el propio Aleixandre ha llamado la unidad amorosa del universo.

En ese afán de integración amorosa, de mutua atracción irresistible, las fuerzas elementales de la naturaleza no están solas, pues también los animales, e incluso el hombre -pero no el hombre de la ciudad, sino el hombre elemental, el hombre de los campos y las selvas, el hombre desnudo-, participan de ese común impulso de ardiente y mutua integración. De aquí que se haya hablado, a propósito de la poesía de Aleixandre, de panteísmo erótico o de pan-erotismo. Pues esa fusión amorosa no es de las almas, como ocurre en los poetas míticos -un San Juan, una Santa Teresa-, sino de los cuerpos. Con razón el paganismo de la poesía aleixandrina ha sido repetidamente destacado por la crítica. No es la luz del espíritu, sino la reivindicación de la materia y del cuerpo como sustancia dinámica amorosa —como fuerza erótica que rompe las barreras—, la verdadera raíz de esa unidad amorosa del mundo que el poeta canta. El hombre puede entonces compararse a una montaña, a un río, a un astro, y sentir su fuerza y su furor; y la montaña, el río y el astro pueden mostrar un ademán humano, pueden gemir o gozar como el hombre. Ello explica que Aleixandre use en esa primera etapa de su poesía un lenguaje amoroso rico en imágenes cósmicas y telúricas, de solidaridad integradora con la vida animal, mineral y vegetal. Y junto con este erotismo cósmico habría que señalar la concepción aleixandrina del amor como pasión destructora, tan visible en *Espadas como labios* y en *La destrucción o el amor*. A partir de este último libro, el pensamiento central de la poesía de Aleixandre —que es el mundo sentido como fuerza creadora amorosa que tiende a su unidad, a su integración— adquiere ya su total plenitud, y permite contemplar su poesía como una obra de raíz profundamente romántica.

Si *La destrucción o el amor* es el libro del amor como destrucción, el siguiente libro de Aleixandre, *Sombra del paraíso*, evoca un mundo paradisíaco, del que el poeta, viviendo en nuestro mundo limitado y vulgar, se siente desterrado. En sus 21 poemas parece el poeta recordar la radiante hermosura, la virginal belleza de las criaturas que habitaban ese paraíso. ¿Recordar? ¿No nos engañará el acento nostálgico de esos poemas, su voz melancólica y añorante? ¿No será acaso ese paraíso

una creación irreal y visionaria del poeta, símbolo de su propio deseo, sublimación de un quimérico anhelo? Reino vivido, soñado o deseado por el poeta, lo que parece evidente es que ese paraíso que canta Aleixandre es un paraíso de juventud. El propio Aleixandre, en una carta a Dámaso Alonso hablándole del libro, le escribe: «Estos poemas son visiones de aquel paraíso a que yo llamo juventud, pero que trasciende de una juventud personal para ser como la juventud del mundo. Y por eso yo siento que ese cántico mío no celebra lo que me rodea hoy, sino el mundo para el que nací y en que no me hallo.»

Pero otra posible interpretación de *Sombra del paraíso* sería la de ver el libro como la creación de un mundo puro y bello, como reacción contra la fealdad y crueldad del mundo de la guerra civil española, y sobre todo de la posguerra, que se inicia en abril de 1939, cuando Aleixandre empieza a escribirlo, que es el verano de ese año. Un mundo en que su mejor amigo, García Lorca, había sido fusilado; en que casi todos sus compañeros de generación —Jorge Guillén, Salinas, Cernuda, Prados, Altolaguirre— se habían visto obligados a abandonar España y marchar al exilio para evitar el fusilamiento o la cárcel; en que otro de sus mejores amigos, Miguel Hernández, moría lentamente en una prisión; un mundo, en suma, de hambre y de miseria, de cruel represión, de destrucción de las libertades humanas. Contra ese mundo que Aleixandre tenía que sufrir —el Madrid de la posguerra española—, el poeta buscó una forma de evasión y al mismo tiempo de venganza: su venganza era crear un mundo de pureza y belleza paradisíacas, sublimizando así, como contraste, la época de su juventud.

Como han señalado los críticos, con *Sombra del paraíso* se cierra la primera época de la poesía aleixandrina. Pero a partir de 1954, en que el poeta publica *Historia del corazón*, se abre una segunda etapa en la obra de Aleixandre. Al panteísmo erótico, a la visión de un universo que aspira a integrarse amorosamente en una sola unidad va a suceder en su poesía un nuevo tema central: el vivir humano como drama y como compañía, como historia, en fin, de una pasión amorosa individualizada, pero también como experiencia del sentir y del sufrimiento de un pueblo. Lo que va a cantar el poeta en esa segunda etapa de su obra es la solidaridad con el esfuerzo y el drama del vivir humano, en su dimensión temporal e histórica; vivir del poeta mismo, en primer lugar, pero también vivir del país que es el suyo y en el que se reconoce y transcurre su existencia.

*Historia del corazón* contiene la historia de un amor del poeta, un amor vivido y sufrido, como también lo son las *Rimas* de Bécquer, pero, claro es, cantada con voz de hoy. Cumple cabalmente este libro lo que ya formuló el maestro Ortega al sentir la necesidad de que su obra de escritor se viese como ((entretejida con toda una trayectoria vital)). Lo cual obliga al poeta a una clarificación del lenguaje y de la expresión. Una poesía que quiere contar una historia -en este caso una historia amorosa- debe renovar la forma. Y así vemos que en *Historia del corazón* el lenguaje abandona todo hermetismo y llega a ser más narrativo que lírico. La poesía no es ya puro subjetivismo irracionalista, ni menos surrealista, sino relato poético de un vivir, o, mejor, de un convivir, de un esfuerzo dramático —la vida es drama, decía también Ortega—, aunque ese esfuerzo pueda confundirse a veces —raras veces— con la felicidad. Por ello la mirada del poeta ha querido concentrarse, en esta fase de su obra, en la aventura del vivir temporal —vivir con la amada y vivir con los otros—. Como Antonio Machado, Aleixandre nos dice que la vida es tiempo, y que, por serlo, es también esfuerzo y dolor.

El amor no será ya entonces un momento de fulgor paradisíaco ni una llama que quema y destruye al amante, sino el largo esfuerzo del vivir amoroso, una compañía amante, difícil

a veces, pero salvadora a lo largo del tiempo.

Con *Historia del corazón* irrumpe, pues, en la poesía de Aleixandre el acontecer humano, el tiempo vivido, la circunstancia temporal y espacial. Con ese libro se cumple, pues, lo que ha sido siempre el lema de Aleixandre: «Poesía es comunicación», expresado por primera vez en 1947 por el autor. A partir de ahora la claridad del texto poético, del signo lingüístico, permiten una plena comunicación del mensaje poético, que puede ser perfectamente asumido por el lector.

El título de este libro, *Historia del corazón*, puede parecer un título romántico —y quizá por ello Luis Cernuda juzgó ese título como un error—. En todo caso, no hay en *Historia del corazón* la exaltación romántica y apasionada que encontrábamos con frecuencia en los libros anteriores del poeta. El enfoque del tema amoroso es incluso realista en algún momento. Porque ahora, se trata no de cantar el amor como una pasión ardorosa y efímera que quema y destruye a los amantes —como acontecía en otro libro del poeta, *La destrucción o el amor*—, sino de evocar una historia amorosa en todo su existir cotidiano, con sus alegrías y sus penas, con sus éxtasis, pero también con su ruptura, con su doloroso acabamiento, como en el patético poema «El último amor».

En *Historia del corazón* el amor y el mundo se contemplan desde la ladera, honda y vivida, del corazón humano del poeta que ha amado y sufrido, cumpliendo plenamente su total destino humano.

Pero junto al tema del suceder cotidiano de una historia amorosa aparece también en el libro otro muy de nuestro tiempo: el tema de la solidaridad. Solidaridad con los demás seres, con los que trabajan, los que sufren, los que aman y sueñan. Por primera vez quizá en toda su obra el poeta deja de evocar su propia historia amorosa, su anhelo o su soledad, para contemplar el dolor y la soledad de los otros.

Esta actitud de Aleixandre, contraria al poeta puro, al poeta de torre de marfil que prefiere ignorar la realidad viva de su país, de su pueblo, se halla testimoniada en no pocos textos del poeta. Recordemos algunos de sus aforismos, pertenecientes a las páginas que Aleixandre publicó hace ya treinta años en la revista *Ínsula*, con el título «Poesía, moral, público»: «El poeta llama a comunicación, y su punto de efusión establece una comunicación humana»; «Toda poesía es multitudinaria en potencia, o no es», y también: «El poeta que al fin se decide a escribir para sí mismo, lo que hace es suicidarse por falta de destino.» Toda poesía, ha escrito también Aleixandre, implica una moral, una actitud frente al mundo y frente a la sociedad. En los años de la dictadura franquista, Aleixandre supo estar, como decía Machado, «a la altura de las circunstancias». El pueblo y la historia entraron finalmente en su obra como testimonio de un tiempo mísero, pero resistente y esperanzado, cerrando así el ciclo - o abriendo otro nuevo- que va de la poesía pura al surrealismo, y de éste a la poesía de situación temporal e histórica.

Y si contemplamos el libro; siguiente a *Historia del corazón*: *En un vasto dominio*, aparecido en 1962, observamos que en él domina el tema de la solidaridad. La mirada del poeta, que en su primera época se dirige a las fuerzas elementales de la Naturaleza, y que luego, en *Historia del corazón*, se desplazaba hacia la criatura amada, ahora experimenta un nuevo desplazamiento hacia lo que llamaba Ortega la otredad, los demás seres que comparten con el poeta la aventura del vivir. Es el tema de la solidaridad que ya apuntaba en *Historia del corazón* y que ahora recorre todo el espacio de *En un vasto dominio*. Dominio que no es otro sino el de la realidad compleja y diversa, limitada e infinita. Es el mismo proceso que lleva a Antonio Machado desde la subjetividad de su primer libro, *Soledades*, al realismo de *Campos de Castilla*. El yo del poeta desaparece como protagonista del poema y es

sustituido por el vivir humano en su total existir histórico por la existencia varia y real de los otros: seres anónimos de su país, de los que se siente solidario al cantarlos; un campesino inserto en su tierra, un pastor de ganado en el campo, un niño al que acuna la madre. Es decir, la figura humana en movimiento situada en su mundo cotidiano, en lo que llamaba Unamuno la intrahistoria, como pueda ser un tabernero y la propia y gastada tabla del mostrador de su taberna. Pero esa solidaridad se extiende, en otras partes del libro, a la historia misma de España: sus pueblos, sus grandes figuras del arte y la literatura a través de todos los siglos; y así evoca el poeta un pueblo en un monte, precisamente el pueblo de Miraflores de la Sierra, donde Aleixandre pasa los veranos desde hace más de medio siglo; o un cuadro de Velázquez -«Las Meninas»- o la mano de Lope en su casa madrileña. Hay en esa serie de poemas españoles culturalistas un profundo respeto y amor por la realidad, por lo que está ahí, cercano, en nuestro contorno, compartiendo nuestro vivir temporal, aunque sea ya vida de un tiempo histórico lejano. La mirada del poeta, serena y honda, contempla esa vasta materia y la canta con el mismo amor por la realidad con que Velázquez — sevillano como Aleixandre— la pinta en sus cuadros. Nos explicamos ahora que el poeta, en homenaje a Velázquez, evoque en su libro dos de los más famosos cuadros del pintor sevillano: el ya citado «Las Meninas» y «Los borrachos». Su mirada contempladora de la realidad, en ese dominio histórico y fluyente que es la realidad, no se parece ciertamente a la mirada idealizadora del Greco, o a la deformadora, a veces, de un Goya, sino a la mirada fiel y serena de un Velázquez, que al retratar la realidad la penetra, dejándola como suspensa en la luz de un tiempo que es ya eterno.

Esta original concepción, por cierto, nos recuerda la del famoso antropólogo jesuita Teillard de Chardin. Y esa identidad fusionadora de materia y espíritu, que es la visión metafísica de Aleixandre, la comprendemos mejor a la luz de ese poema, «Materia única». Y así cobra toda su fuerza y emoción el poema al que aludí antes, sobre la vieja tabla de un mostrador de taberna popular. Sí, porque no tiene menos luz, menos vida, esa humilde y rugosa tabla que la también humilde y rugosa mano del campesino que en ella se apoya. Todo es vida y materia en el tiempo.

Pero la obra de Aleixandre no termina con *En un vasto dominio*. Cuando en 1968 — tenía entonces el poeta setenta años— publicó un nuevo libro, *Poemas de la consumación*, la crítica quedó sorprendida por la novedad de tono y expresión y por la nueva visión de la existencia que el libro ofrece. Podría hablarse, a partir de este libro, de un nuevo Aleixandre, de una nueva y sorprendente etapa de su lírica, que enlaza, por algún cabo —cierta atmósfera alucinada e irracionalista— con la etapa surrealista de *Pasión de la tierra* y *Espadas como labios*, y por otro con la faz más dolorosa y temporalista de *Historia del corazón*, con sus sonos más elegíacos. Los *Poemas de la consumación* constituyen una meditación sobre la existencia contemplada desde la altitud de la edad, una visión del mundo desde la vejez. El poeta arroja una honda mirada, desde esa última morada de la vida que es la ancianidad, a los sueños, seres, fantasmas e iluminaciones que han poblado su ya larga existencia. La poesía que era antes comunicación con la amada y con los otros seres, ahora es un monólogo solitario, un melancólico repasar su vida y sus sueños. Ahora no canta ya el poeta un paraíso o un cuerpo, una montaña o un río, y su voz se oye como alucinada, como un delirar en voz baja, un susurro o soliloquio inspirado que se dice a sí mismo el poeta en la soledad y en la penumbra de su cuarto; desde la vida aún, pero ya más cerca del acabamiento final que es la muerte. La muerte —nos dice el poeta—, que es degradación y también máscara irrisoria, dolorosa mueca con la que nos despedimos de la vida. *Poemas de la consumación* me parece por ello el libro más trágico y desolado



de Aleixandre, una confesión lúcida hecha desde una conciencia abrumadora del fin de la vida, de que no hay ninguna esperanza tras ella y de que sólo la juventud merece ser cantada. «Vivir es ser joven, y no más», nos dice en un verso a modo de resumen del libro.

Seis años después de la aparición de *Poemas de la consumación pública* Aleixandre, en 1974 —tenía entonces setenta y seis—, su último libro hasta hoy: *Diálogos del conocimiento*. Libro de técnica distinta y de una complejidad mayor. Porque lo que intenta Aleixandre en este libro es una indagación profunda sobre la realidad del mundo y de la vida desde una visión contrastada que intenta penetrar en esa realidad por todos sus poros y desde ángulos distintos y aun opuestos. Esta contrastación de una realidad inmensamente compleja y varia ha obligado al poeta a utilizar una técnica que es completamente nueva en su poesía, y que ya habían utilizado, pero sólo en poemas sueltos, Jorge Guillén y Luis Cernuda.

El alto prestigio de que hoy goza Vicente Aleixandre, tanto entre los jóvenes como en los críticos más exigentes, se debe en buena parte a su capacidad para renovar su pensamiento poético y su técnica expresiva, sin dejar por ello de ser fiel a sí mismo: a su oculto fuego originario. En su poesía se dan la mano unidad y diversidad. Unidad de su visión del mundo, que se apoya, como se indicó antes, en tres ejes centrales: amor, naturaleza, muerte y diversidad de formas expresivas. Pocos poetas españoles han logrado, como Aleixandre, ser al tiempo, como ha escrito Pedro Gimferrer, tan peculiares en su expresión y tan diversos en ella a lo largo de su obra. Ese poder de renovación, de enriquecimiento de la materia de su poesía y de su lenguaje, a cada nueva etapa de su obra, explican quizá el fervor y la admiración que sucesivas generaciones de jóvenes han sentido por la lírica aleixandrina y por la persona del poeta, fervor y admiración que hoy, cuando el poeta ha rebasado ya los ochenta años, siguen tan vivos como ayer, cuando lo descubrían.